

Agatha Mystery

Primera edición: febrero de 2012
Segunda impresión: noviembre de 2012

Título original italiano: *Il tesoro delle Bermuda*

Textos: Sir Steve Stevenson
Editing: Mario Pasqualotto
Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi
Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Proyecto editorial de Dreamfarm s.r.l., via De Amicis, 53 - 20123 Milán,
Italia

© 2011 Istituto Geografico De Agostini, S.p.S., Novara, por la edición
italiana

© 2012 Andrés Prieto Fernández, por la traducción

© 2012 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-219-2012
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4177-1

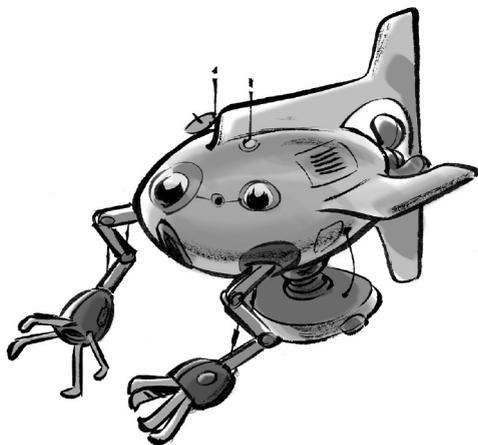
Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

EL TESORO DE LAS BERMUDAS

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera

SEXTA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Conrad

Enérgico, atlético y bronceado, tiene un parque acuático ¡y es muy amigo de los delfines!

DESTINO: OCÉANO ATLÁNTICO - LAS BERMUDAS



OBJETIVO

Descubrir si un calendario maya de incalculable valor ha desaparecido en el famoso Triángulo de las Bermudas.

Me gustaría dar especialmente las gracias a todas aquellas personas que, entre bastidores, se encargan de los libros de Agatha Mystery: Elisa Puricelli Guerra, Giovanna Canzi y Benedetta Galante. Le agradezco la documentación al biólogo marino Bruno Díaz López; y, con respecto a la construcción de la trama, a mi amigo Gianfranco Calvitti.

*A Jacques Cousteau
y al resto de valientes exploradores
de barcos hundidos*



Aquella mañana de un sábado de finales de enero, el aspirante a detective Larry Mystery, alumno de la prestigiosa escuela Eye International, no cabía en sí mismo de lo emocionado que estaba. Acababa de recibir un correo electrónico de su amigo Mallory en el que lo invitaba a su fiesta de cumpleaños.

Para Larry esta era una noticia fantástica. Le había costado mucho levantarse de la cama para asistir a la clase de Espionaje y Contraespionaje desde la pantalla de su ordenador, y ya llevaba un par de horas sin dejar de bostezar. Esperó con impaciencia a que diesen las doce, se despidió



educadamente del profesor DM31 y releyó la invitación.

La celebración empezaría a las ocho en el Fashion Time, un exclusivo local del centro de Londres. La fiesta era temática y estaba dedicada a los años setenta del siglo pasado; los invitados tenían la obligación inexcusable de vestir ropa inspirada en la música disco, un género muy de moda en aquella década. En la invitación podía verse a unos chicos con pantalones de campana, camisas de colores con el cuello de punta, chalecos tan ceñidos que producían una sensación de asfixia y zapatos con cinco centímetros de tacón.

A Larry le encantaba esta clase de extravagancias y aceptó el desafío entusiasmado. Comió un plato de patatas fritas que llevaba al menos tres días en la nevera y, después, comenzó a rebuscar en su armario, donde solo encontró vaqueros, camisetitas y trajes que su madre le había comprado para ocasiones especiales.



Nada que le sentara bien.

Decepcionado, consultó varias páginas de internet en busca de algo más seductor. Después de navegar durante una hora, se detuvo en un vídeo de John Travolta de la película *Fiebre del sábado noche*. La manera de moverse del actor era fluida y magnética, y el ajustado traje blanco que llevaba era perfecto para la fiesta.

Larry se acercó hasta una tiendecita de ropa *vintage*, situada a unas cuantas calles de su ático. Allí se gastó toda la paga semanal y luego volvió a casa arrastrando una gran bolsa. Se dio una ducha y comenzó a arreglarse con calma: a las siete todavía estaba delante del espejo perfilando los últimos detalles de su imagen.

— ¡Esta noche ninguna chica podrá resistirse a mis encantos! — afirmó satisfecho mientras se abotonaba el chaleco. Remarcó la frase con un dedo apuntando al cielo y dando un golpe seco con la cadera, tal como había visto que hacía John

PRÓLOGO

Travolta. Para su sorpresa, el movimiento le salió perfecto.

Solo le faltaba un poco de colonia y ya podría salir. Cogió el frasco y presionó el vaporizador completamente despreocupado.

—¡Ay! —gritó cuando el espray le fue directo al ojo—. ¡Cómo escuece!

Corrió hasta el lavabo, se lavó la cara con agua hirviendo, volvió a gritar, se frotó más fuerte, soltó otro chillido de dolor y, finalmente, al cabo de unos interminables momentos de dolor, se pasó con cuidado la toalla húmeda por el ojo





derecho. Gruñendo, abrió los párpados y vio lo que había conseguido: el ojo parecía una bola de billar llameante!

— ¡Oh, no, necesitaré un litro de colirio! ¿Dónde lo habré dejado? — El joven detective se desesperó dando vueltas sin rumbo por el piso. Medio ciego como estaba, iba chocando con los muebles y tirando al suelo montones de tebeos y revistas—. Quizás esté en el botiquín...

Abrió la puerta del cuarto de los trastos y, frenético, vació la caja de los medicamentos. Desgraciadamente, estaba llena de tiritas, desinfectantes y algodón, pero no había ningún colirio.

Mientras, el ojo se le había hinchado bastante.

— ¡No puedo presentarme así a la fiesta! — gimió—. ¡Tengo que pensar alguna estrategia!

Pensó durante unos pocos minutos, sin dejar de mirar la hora. Habían dado las ocho y, seguramente, la fiesta ya habría comenzado. Justo entonces chasqueó los dedos.



— ¡Qué burro he sido! —exclamó—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Había encontrado una solución; quizá fuera un poco ridícula, pero era lo mejor que podía hacer ante aquella emergencia.

Veinte minutos más tarde apareció en la fiesta silbando alegremente. Se había planchado un mechón de cabellos sobre el lado derecho de la cara para que así ninguno de sus amigos pudiera ver el ojo hinchado que se ocultaba debajo. Después de los saludos, el joven detective se hizo con una bandeja de canapés y se sentó en un pequeño sofá, en el rincón más oscuro de la pista de baile. Los invitados bailaban bajo una enorme bola estroboscópica que daba vueltas e impregnaba la sala de coloridos resplandores.

—¿No vienes a la pista? —le preguntó Clarke después de haber estado un rato meneando la barriga al ritmo de la música.

Larry fingió que era un entendido, cruzando



las piernas y tirándose palomitas directamente a la boca.

—Estoy ahorrando energías —sentenció—. ¡Las mejores canciones suenan siempre al final!

Clarke rio, volvió a menear la barriga y se perdió entre la multitud.

Al final de una canción *funky* que había entusiasmado a la gente que había en la pista, llegó el turno de Mallory.

—Esta noche tengo mucha suerte, Larry —le dijo—. Si no te levantas del sofá, ¡te acabaré quitando a todas las chicas!

Larry iba a responderle con un chiste, pero en ese momento comenzaron a cantar «Cumpleaños feliz» y se llevaron a su amigo al centro de la pista para que cortara un enorme pastel que había aparecido de la nada.

En medio de la confusión general, el joven detective valoró rápidamente los siguientes movimientos que debía realizar. «Ahora es el momento



adecuado para largarme —pensó—. Tendré que usar alguna de mis increíbles técnicas de distracción para salir de aquí sin que nadie se dé cuenta.»

Justo en el momento de levantarse, notó un ligero golpecito en la espalda.

—¿Dónde vas? —preguntó una voz femenina—. ¿No te gusta la fiesta?

Larry se dio la vuelta de golpe y miró extrañado a la chica que se había parado delante de él. Era alta y esbelta, con una cascada de rizos dorados y unos deslumbrantes ojos de color esmeralda. No había ninguna duda: era una auténtica preciosidad.



—Llevo toda la noche observándote —continuó ella con una tímida risita—. Me gusta la gente original. —Le dio la mano—. Me llamo Linda, ¿y tú?

—Eeeh... soy Larry —respondió él balbuceando por la vergüenza.

—¿Te apetece bailar conmigo? —le propuso la chica.

—Eeeh... Naturalmente... Sí.

Fueron con lentitud hacia la pista, pero de repente Larry se detuvo y sacó una especie de teléfono móvil que vibraba como un loco en su bolsillo. Era el artefacto de alta tecnología que se daba a todos los alumnos de la Eye International para que llevaran a cabo las misiones de investigación por todo el mundo.

Nombre codificado: EyeNet.

Larry leyó el mensaje que aparecía en la pantalla y palideció de golpe.

—¡¿Qué?! ¡¿Se han vuelto locos!?! —exclamó—. ¡Tengo que avisar a Agatha de inmediato!



—¿Quién es Agatha? —preguntó Linda, perpleja—. No será tu chica, ¿verdad?

Él estaba tan nervioso que ni siquiera la oyó.

—¿Me podrías dejar tu móvil? ¡El mío se oye fatal! —gritó.

Naturalmente, era mentira, pero no quería que los profesores de la escuela interceptasen la llamada del EyeNet y descubriesen quién le ayudaba en sus investigaciones.

Un momento después, fue a un rincón apartado para enviar un mensaje a su primita Agatha, mientras Linda lo esperaba junto a la pista. Tras mandarlo, le devolvió el móvil, se disculpó por el contratiempo y se fue a toda prisa al aeropuerto de Gatwick.

¡Acababa de iniciarse la peligrosa misión del Triángulo de las Bermudas!